

no cae en las exageraciones que son tan frecuentes entre los que cultivan tal tendencia. Al contrario, Hernández manifiesta mucha contención y mesura, como era natural, si no olvidamos la observación apuntada más arriba, respecto a la capacidad de control que posee este escritor peruano. En cuanto al motivo, al tema — siempre esencialmente lírico — de estos «*Juegos Olímpicos*» podemos afirmar que tienen la característica de todos los versos llamados de vanguardia: dispersión, ausencia de unidad temática, desorden en el desarrollo y la exposición, etc.

Por otra parte, debemos elogiar en Hernández que no haya cogido del llamado vanguardismo lo exterior, los aspectos pintorescos y superficiales, lo que en verdad no entrañaba ninguna renovación significativa, como, por ejemplo, la ausencia de puntuación, de letras mayúsculas y de otros artificios — la mayoría tipográficos — aunque al decir de Guillaume Apollinaire estos hicieron nacer un lirismo visual, completamente desconocido antes de este siglo. Hernández ha tomado del llamado vanguardismo el espíritu, el sentido de aireación, de revolución mejor dicho, que lo alentaba en una aspiración honorable de novedad, de sacudir el cansancio de las viejas formas y, por ende, de un viejo espíritu.

Antes de finalizar estas líneas, diremos que este libro de José Alfredo Hernández es una promesa: que en lo futuro traspase los límites de tal, es lo que esperamos. — ARTURO TRONCOSO.



LA ESCUELA DE LAS MUJERES, por *André Gide*.

Seguramente, la obra de André Gide pudiera dividirse en dos categorías que se presentan bien determinadas: la obra crítica y la obra creadora, esta última expresada en diferentes géneros literarios, desde el teatro hasta la novela, desde el diario hasta el libro de estricta substancia lírica. No obstante esta diver-

sidad tan rica que pudiera hacernos imaginar una especie de dispersión de su personalidad, una variación de la misma, en la cual sería posible encontrar distintas presencias, observada en conjunto toda la obra de André Gide demuestra palpablemente un principio de unidad inalterable, una relación íntima y evidente que late o se precisa definiéndose con sus características más seguras, tanto en el volumen crítico, como teatral o novelesco. Y este hilo definido que ata todos sus libros, metales de un collar luminoso, esta unidad recóndita y visible, es su austeridad, su ascetismo, su sobriedad ejemplar, que muy bien puede llamarse su moralidad. Tal vez en este sentido ha influído en no escasa proporción su educación, su formación espiritual de origen protestante (sus padres eran calvinistas) porque, como se ha dicho con razón, nada dista más de la opulencia del rito católico que la literatura de André Gide.

Sin duda alguna, fuera de ese factor de carácter religioso, también el temperamento de André Gide, tan señeramente definido desde su primer volumen (*Les Cahiers D'André Walter*), sea el que aparta y ubica su obra y el que le comunica a todo donde se agite su actividad mental, su curiosidad ilimitada que opera en este mismo sentido, ese principio de unidad de que hablábamos.

Por otra parte, la obra de André Gide tiene otras características tan peculiares que precisan su situación independiente dentro de la literatura francesa contemporánea, pues es tal vez el único escritor de esta nacionalidad que ha sabido conservar, acrecentando, la más diáfana herencia de los clásicos. «Cuando Gide—dice Curtius—hace profesión de fe de su clasicismo es ya evidente, en la manera como los justifica, que para él no es imitación vulgar reconocer la tradición, sino más bien una nueva investigación de su substancia». Porque Gide, clásico, es un conservador; pero todo verdadero revolucionario es conservador en cuanto esta palabra representa el sentido de responsabilidad frente a la continuidad de tradiciones vivificantes que reflejan

la estructuración de un pueblo; conservador para persistir extendiendo la savia de lo que no debe morir, pero, renovándola al mismo tiempo, transformándola y además, sincronizándola con el movimiento de la época. Es, entonces, también André Gide un revolucionario, pues frente al desorden artístico imperante, frente a la anarquía literaria de estos años, él significa con su labor, la disciplina, la organización y nadie comprende mejor y vive mejor que el verdadero revolucionario esos conceptos que se encarnan en él vitalmente adquiriendo su significado más prístino y más digno.

Un revolucionario, hemos dicho, no en su sentido social desde luego, no obstante su última «conversión» al comunismo, sino en el aspecto artístico y sobre todo en el humano, porque pocos escritores actuales se han preocupado más intensamente del destino del hombre que André Gide y de sus problemas morales que se agudizan de manera extraordinaria en la sociedad contemporánea tan opulenta en infinitas y dolorosas contradicciones. En esta dirección solamente—suponemos—Elías Erenburg ha manifestado en un estudio sobre Gide, que él preferiría no hablar de su mora! porque la definición de moralista aplicada al autor de «*Les Faux-Monnayeurs*» la encuentra un tanto vaga y sí, de su horizonte. «Este escritor, agrega Erenburg, esta genial nota marginal inscrita sobre los anales de la historia francesa, este antiguo condenado que ha conocido el odio de sus amigos como el de sus enemigos, este exilado nato es, tal vez, el único que se ha sentido responsable del destino del hombre viviente y de su felicidad, de una felicidad que no se expresa en formas sociales clasificadas ni tampoco en las reliquias del pasado, sino en una cultura auténtica que crean el trabajo, la alegría, el movimiento».

* * *

Estas breves anotaciones nos la ha sugerido la reciente traducción castellana de «*L'Ecole des Femmes*» que fué publica-

da algunos años atrás en las ediciones de la «*Nouvelle Revue Française*» de París.

«*La Escuela de las Mujeres*» es un diario novelado en el que Gide hace un análisis psicológico de un determinado carácter femenino y del cual se pueden inferir algunas conclusiones de aspecto general, pues el problema que se plantea en este ensayo, que también lo es, se suscita con mayor frecuencia de lo que pudiera sospecharse. Una mujer, desconfiada, incrédula de sus propias fuerzas morales e intelectuales, que en verdad están sólo, en un estado de latencia, se enamora profundamente de un individuo—Roberto—que deviene pronto en su novio, a quien también admira en forma ardiente por su capacidad de inteligencia y con el que luego contrae matrimonio, empieza a relatar la serie de sus menudas y grandes felicidades, antes y en el transcurso inicial de su vida de casada. Evelina es una mujer esperanzada, totalmente subyugada por la vigorosidad mental del varón y satisfecha de una manera absoluta de esa dicha clara de sentirse amada por un hombre que comprende superior. En la segunda parte que Gide titula maliciosamente «*Veinte años después*», Evelina, la mujer que vivió repleta de fe en su novio, al que lo suponía integrándola esencialmente, la mujer, llena de la vital necesidad de creer en Roberto, su vehículo de dicha, su objetivo de vida, aparece dominada por el más doloroso desencanto, desde el punto de vista moral e intelectual, porque le han puesto en sus manos—su propio marido—el peligroso puñal del análisis.

¿Qué es lo que se ha propuesto Gide en este libro? Creemos no equivocarnos al afirmar que el autor de «*Les Nocturnes Terrestres*» ha querido demostrar, lográndolo con amplitud y certeza, cómo la influencia poderosa del hombre ha podido despertar la personalidad en una mujer, que antes de conocerlo la poseía sólo en germinación, debido exclusivamente al amor, a la estimación, al respeto intelectual que siente Evelina por Roberto. Poco a poco su personalidad va desarrollándose y despertándose en Evelina todas las aptitudes analíticas de que era

poseedora y, por ende, su capacidad de diferenciación y comparación de valores. ¿O acaso tal vez Gide ha deseado demostrar, cómo la influencia del hombre puede destruir la capacidad de dicha de la mujer al descubrirle y amaestrarle sus fuerzas intelectivas?

Para desgracia del esposo, el despertar de todas esas facultades que permanecían ocultas, a las cuales contribuyó a alentar Roberto desde antes del matrimonio, se han vuelto contra él y en cambio de ser útiles para acrecentar o conservar la felicidad de que estaba poseída Evelina, sirven para destruirla completamente. Como consecuencia podría desprenderse de esto que mientras menos condiciones de crítica tenga la mujer, es más fácil poder mantener una felicidad inalterable, pues, al desenvolverse, y por lo tanto, al comprenderse todos los resortes que mueven moralmente a un individuo, la limitación de su inteligencia y los factores que actúan dentro de él y que es necesario tener en la obscuridad—porque son negativos y desvalorizadores—para sostener el cariño o estimación alcanzados, devienen, en vez de elementos de unión, en elementos destructores. Acaso también podría suponerse que para que la dicha conyugal tenga realidad persistente deben alejarse todas las manifestaciones del análisis en la mujer, pues el hombre de valor—en este caso un político—lo que busca en ella «no es la mujer misma, sino su espectro, la forma de su ausencia, el presentimiento de su engaño o, para decirlo con otras palabras, el dolor, el simulacro y el remordimiento de ese instante imperceptible de la posesión que, prolongado en ciertos períodos prolijos, no puede inspirar sino tedio».

Queda flotando, además, en «*La Escuela de las Mujeres*» la ausencia de solidez que existe en la institución social que se llama matrimonio y a su consecuencia, la familia, que Ibsen consideraba como lo peor que había inventado el hombre y que André Gide ha llamado en otra ocasión «régimen de prisión».

Nos resta, por último, sólo agradecer a la Empresa Letras

la publicación en castellano de la «*Escuela de las Mujeres*» pues contribuye a divulgar en el público chileno, la obra de André Gide, el más importante de todos los escritores franceses contemporáneos. —A. T.



EL PSICOANÁLISIS. TEORÍA SEXUAL DE FREUD, por el Dr. A. Hesnard.

Tiene razón Hesnard al manifestar que ha sido en su país, Francia, donde mayores resistencias ha encontrado la célebre teoría freudiana, señalando como uno de los motivos fundamentales de esta hostilidad, el recelo que la guerra europea produjo en Francia respecto a los trabajos de carácter científico y de origen germánico; y, por otra parte, a que la doctrina de Freud, a pesar de su evidente importancia, no se ha conformado «a las aspiraciones del espíritu latino».

Hesnard, en esta obra de significado esencialmente divulgativo y exegético, como también crítico, se demuestra—es buen francés—y aunque en un sentido solamente particular, contradictor de la teoría de Freud en varios de sus aspectos, oponiéndole una serie de reparos que son, más o menos, los mismos que se le han hecho y que con seguridad se le continuarán haciendo no obstante reconocer en Freud todas sus grandes y geniales contribuciones a la ciencia en el carácter psicoanalítico y de considerar este movimiento psicológico como el más formidable de la época contemporánea. Pero, a pesar de esto, manifiesta que algunos de los adeptos disidentes del profesor vienés, como Adler y Jung, constructores ambos de teorías psicológicas que han tenido su origen en la doctrina de Freud, la han sobrepasado: ampliamente en su vuelo filosófico.

Hesnard resume su crítica al psicoanálisis en tres puntos principales: el etiológico, el metodológico y el terapéutico. En